



**Pulse “refrescar”. Notas para una lectura actualizada de la Teoría de la Clase Ociosa de Veblen.**

Mariano Urraco Solanilla.  
Universidad Complutense de Madrid.  
[marianous@cps.ucm.es](mailto:marianous@cps.ucm.es)

*Era la más industrial de todas las ciudades del mundo y la más rica. Su organización parecía perfecta; no quedaba en ella nada de las antiguas formas aristocráticas o democráticas de las sociedades humanas; todo estaba en ella subordinado a los intereses de los trusts. Se formó en ese medio lo que los antropólogos llaman el tipo del multimillonario. Eran hombres a la vez enérgicos y débiles, capaces de realizar grandes combinaciones mentales y largos trabajos de oficina, pero cuya sensibilidad padecía perturbaciones hereditarias que aumentaban con la edad.*

*Como todos los verdaderos aristócratas, como los patricios de la Roma republicana, como los lores de la vieja Inglaterra, estos hombres poderosos afectaban una gran severidad en las costumbres. Eran los ascetas de la riqueza: en las asambleas de los trusts se veían rostros completamente rasurados, mejillas hundidas, ojos escondidos, frentes llenas de arrugas. Con el cuerpo más flaco, el color más amarillo, los labios más secos y la mirada más inflamada que los antiguos frailes españoles, los multimillonarios se entregaban con inextinguible ardor a las austeridades de la Banca y de la Industria. Algunos se negaban toda alegría, todo placer, todo reposo; consumían su vida miserable en una habitación sin aire y sin luz de sol, amueblada únicamente con aparatos eléctricos; se alimentaban en ella con leche y huevos y en ella dormían sobre un mal catre. Sin más trabajo que el de oprimir con un dedo un botón de níquel, estos místicos, amasando riquezas de las que no veían ni los signos, adquirían la vana posibilidad de saciar unos deseos que jamás habían de sentir.*

*El culto de la riqueza tuvo sus mártires. Uno de estos multimillonarios, el famoso Samuel Box, prefirió morir antes que ceder la menor parte de sus bienes. Uno de sus obreros, víctima de un accidente de trabajo, al ver que se le negaba toda indemnización, hizo valer sus derechos ante los Tribunales; pero, aburrido por las insuperables dificultades de procedimiento, caído en una cruel indigencia, reducido a la desesperación, llegó, a fuerza de astucia y de audacia, a tener a su patrón ante su revólver, y lo amenazó con levantarle la tapa de los sesos si no lo socorría: Samuel Box no le dio nada y se dejó matar por sostener sus principios.*

(France, 1994:238)

## 1. Veblen y su obra. Una propuesta de aproximación histórica desde la Literatura del s. XX

*La isla de los pingüinos* no es la última lectura preveraniega. Desgraciadamente, la vida académica del beca-rio apenas nos deja tiempo para aventuras literarias, por más que admiremos la capacidad “omnívora” de Erving Goffman al respecto y su interés por toda la literatura (*aun* la de “ficción”...). Su referencia aquí se debe a la idea del valor que, para la Sociología, puede representar el siempre sano ejercicio de conocer la Literatura de un momento determinado (recomendación que ya hiciera el malogrado Gómez Arboleya, y que yo recibí tempranamente de mis *maestros*). La aparición de este extracto en la primera página de este comentario se debe, principalmente, a la fecha en que Anatole France escribió esta obra (de “ficción”, nuevamente), cuya primera edición vio la luz a principios del siglo XX<sup>1</sup>, ni siquiera una década después de que lo hiciera la *Teoría de la clase ociosa* de Veblen (cuyo original data de 1899). No es casual. Puede resultar de notable importancia para nuestros propósitos de comentario, toda vez que lo que se intenta es traer el texto de Veblen a nuestros días, plantearnos un recorrido histórico por la Literatura del siglo XX, en el cual propondría centrarnos, por ser una región limítrofe, intersticial entre la Historia y la Sociología (amén, obviamente, de la propia Literatura y su conexión con ambas), en el género utópico-distópico, máximo exponente de los sueños (y de las pesadillas) de una generación concreta. No hemos de presentar aquí este género, presente desde la antigüedad griega, y que, a lo largo del siglo XX, y, repito, no es casual, se aleja de la utopía para adentrarse en el terreno de la pesadilla<sup>2</sup>. El capitalismo industrial como sustrato de la pesadilla, podríamos titular a este comentario, si nos ciéramos a esta línea interpretativa. H. G. Wells abre el siglo con los ecos de *La máquina del tiempo*<sup>3</sup>. No hablamos de Ciencia-Ficción. Wells había leído la descripción del patetismo de la clase obrera en Inglaterra que había llevado a cabo Engels. La visión evolutiva de Veblen recuerda por momentos la perspectiva ontológica marxista. El principio que informa la nueva sociedad, la sociedad moderna, se presenta con reminiscencias de una etapa bárbara. Freud había dicho poco antes, en Viena, que los seres humanos “descendemos de un número incalculable de asesinos”. Wells también recogerá estas reflexiones, años después, para firmar su inquietante reflexión sobre la evolución humana, en *El jugador de croquet. Una meditación sobre el miedo*. En última instancia, decía Marx en su introducción a *El Capital*, “la violencia es la partera de la Historia”. Vayamos por partes.

Poco antes de morir, en una de las últimas anotaciones en su conmovedor *Diario*, la pequeña Ana Frank escribía en una nota aparte. “Pese a todo, creo que la gente es buena”. Años después, Alejandro Rojas-Marcos recogía esta reflexión desde la columna que la prensa española (concretamente el diario *El País*) le concedió para comunicar sus reflexiones tras los atentados del once de septiembre de 2001. Veblen plantea una etapa primigenia, la original de la raza humana, de “salvajismo primitivo”, un estadio caracterizado por la manifestación de una serie de “instintos” (el momento en que se inserta esta obra vuelve a ser fundamental en este punto<sup>4</sup>), como la solidaridad, o la inclinación a la paz (Veblen, 2004:33-35). Pero la aparición de la propiedad privada, y el cambio de las circunstancias de vida que lleva aparejada (recordemos la importancia que tiene aquí la concepción de Veblen de la estructura social como un “todo orgánico”, en el que los cambios concomi-

<sup>1</sup> La primera edición francesa data de 1908. Anatole France era el seudónimo con el que firma sus obras François-Anatole Thibault, que había nacido en París en 1844.

<sup>2</sup> El mejor seguimiento, a mi juicio, de la historia del género se puede encontrar en la obra de Raymond Trousson *Historia de la literatura utópica* (1979).

<sup>3</sup> Cuyo original se remonta al año 1895. El personaje, visto por algunos como un visionario del cambio de siglo, de H. G. Wells daría lugar a un comentario más extenso del que podemos incluir aquí. Remito a la bibliografía de este artículo para una selección de las obras de este autor, siempre interesado en cuestiones “sociológicas”.

<sup>4</sup> Durante los primeros años del siglo XX, la Psicología Social, en su intento por explicar la conducta humana, recurría de forma recurrente a bases instintivas de los sujetos. William McDougall, máximo exponente de esta línea de pensamiento, publica su manual *An Introduction to Social Psychology* en 1908, reflejando las ideas predominantes de la época.

tantes que se den en un ámbito incidirán, de manera irremisible, en todas las demás esferas de la vida social), supondrá un abandono de esta forma de vida pacífica, sedentaria, amable, y la entrada en una dinámica que llevará a la especie humana a pasar por los estadios bárbaros y depredador, cuyos “hábitos” (concepto fundamental en Veblen, por cuanto articula en última instancia los modos de acción) tratarán siempre de mantener bajo “vigilancia” (término éste también crucial a lo largo de la obra, en todos los niveles de la vida social) las eventuales reversiones a estos estadios primigenios de la cultura humana. Por eso rescato aquí *La isla de los pingüinos*. Desde el momento original (el error de un viejo santo ciego que bautiza a unos pingüinos, ante lo que Dios cede y los convierte en seres humanos), se llega al “futuro” (con profético parecido a nuestros días industriales), colocando el punto de inflexión en la vida de los pingüinos en el descubrimiento de la propiedad, asociado de manera indisoluble al asesinato fundante de una nueva sociedad<sup>5</sup>.

La evolución que plantea Veblen tiene la fuerza de una cuerda flexible, más difícil de quebrar. La contemplación de posibles (inevitables bajo desaparición del aparato de control preciso) reversiones a estadios anteriores le aleja de la ingenuidad de historias lineales. La Historia no es una escalera, defenderá después Lévi-Strauss (1979)<sup>6</sup>, en que a cada paso se acumula (siempre sumando) lo propio del escalón anterior. No todo es hacia delante. El hábito juega un papel fundamental, pero son las condiciones de presión exterior al grupo social quienes marcan en última instancia la evolución. He de coincidir con el profesor Mellizo, prologoista de Alianza en la edición empleada para este comentario, en la importancia que éste otorga al concepto de hábito en la obra de Veblen: “...es el hábito el fundamento de la acción humana, entendiendo por *hábito* una forma de comportamiento no-reflexiva, auto-sustentable, autónoma, que surge como resultado de series repetitivas. Al constituirse en fundamento de actos decisivos, el hábito sustituye en cierto modo el proceso racional, y no queda aquél explicado por éste, sino al revés. Es decir, el hábito se convierte en impulso determinante de la elección supuestamente razonada” (Veblen, 2004:13, cita extraída del prólogo de Carlos Mellizo). Pero no comparto la visión que privilegia el componente estático del hábito, en su papel de vertebrador de la sociabilidad: “...la costumbre y la imaginación constituyen el factor determinante de nuestras creencias; y son las creencias, a su vez, las que determinan en última instancia el curso de nuestras acciones. Puede, pues, decirse que una institución es un conjunto de creencias (en el sentido humeano de la palabra), y que los actos que de ellas resultan son los que dan lugar a la norma por la que dicha institución se rige” (Veblen, 2004:14). Privilegiando el primer componente de la díada que abre esta cita (qué hay de la *imaginación*) se está abocando a un estatismo social que creo que no se refleja en la obra de Veblen. “El habla es la casa del hombre”, decía Heidegger. El habla como elemento heredado (el propio Veblen dedica a esta cuestión las últimas páginas de su libro), procedente de un pasado. Pero la casa sufre reformas, se pinta de diferentes colores en diferentes espacios, más o menos ventanas, etc. El hábito se adapta, despacio, “tardíamente y a disgusto” a las condiciones de presión exterior. El evolucionismo de la propuesta materialista cultural de Marvin Harris, interesante por cuanto tiene de genealogía del ser humano, ha reflejado este hecho de acumulación con bucles de la Historia al plantear el origen de los Estados<sup>7</sup>. La Historia no tiene escalones, no se da un salto de un estadio al siguiente<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> En un breve capítulo titulado “El amojonamiento de los campos y el origen de la propiedad” (France, 1994:56-59), perteneciente al segundo de los ocho libros de que consta la obra de France, aparece la siguiente reflexión: “...descargó el tronco de árbol sobre la cabeza del pequeño pingüino, que cayó muerto sobre la tierra cultivada por sus manos (...) Cultivar la tierra es una cosa, y poseerla es otra: no deben ser confundidas. En materia de propiedad, el derecho del primer ocupante es incierto y mal fundado. El derecho de conquista, en cambio, reposa en fundamentos sólidos. Es el único respetable, porque es el único que se hace respetar. El único y glorioso origen de la propiedad es la fuerza. Nace y se conserva por la fuerza. Por eso es augusta y no cede sino ante una fuerza mayor. Y por eso es justo decir que quien posee es noble” (p. 58).

<sup>6</sup> En su clásico texto “Raza e Historia”, contenido en un compendio de artículos de diversos autores que se edita en Siglo XXI bajo el título genérico de *Antropología Estructural*. El original del trabajo del antropólogo francés data de 1952, pero su lectura es todavía hoy un referente indispensable.

<sup>7</sup> *Caníbales y reyes* (1977) es el libro en que se trata este tema. Dedicar un capítulo (el 7, concretamente) a la cuestión de “El origen de los estados prístinos” (1981:95-116, de la edición española), al que remito para una lectura más exhaustiva. Asimismo, del pro-

Y en todo este proceso evolutivo, al que se dedica la introducción del texto, y al que se vuelve de forma recurrente a lo largo del mismo, juega un papel crucial la institución de la clase ociosa, a cuya exhaustiva “radiografía” se dedica en este estudio Thorstein Veblen, que estudia la “vida” de la institución, desde sus orígenes hasta su futuro (que, al estilo marxista, le lleva, como veremos, a fijar un momento final impreciso en el tiempo) en que haya de desaparecer por la propia dinámica que establece. Entonces, ¿volverán los “buenos tiempos”, de los hombres solidarios y pacíficos? El *instinto* emulativo, presente en todos los seres humanos (ya hablaremos de “temperamentos”, o de “tipos étnicos”), que dio origen en última instancia a la clase ociosa, vigila y rige hasta hoy.

## 2. La *clase ociosa*. Genealogía: pasado, presente y futuro actual. El evolucionismo institucional de Thorstein Veblen.

Veblen define claramente las condiciones de posibilidad que hacen surgir la clase ociosa en algún momento determinado, inserto en el esquema de vida general propio del primer estadio que contempla: el salvajismo primitivo. La violencia, como instrumento, como camino, predominante en la acción humana, da lugar al paso a unas nuevas condiciones de vida, en las que encontraremos el sustrato del que habrá de germinar la clase ociosa: “...la institución de una clase ociosa ha emergido gradualmente (...) durante la transición de un pacífico hábito de vida a un hábito de vida consistentemente belicoso”. Y continúa: “Las condiciones aparentemente necesarias para su emergencia de una forma consistente son: 1) la comunidad debe poseer un hábito de vida predatorio (la guerra, o la caza de grandes animales, o ambas cosas); es decir, que los hombres que constituyen la incipiente clase ociosa en estos casos, deben estar acostumbrados a infligir daños por la fuerza y mediante el uso de estratagemas; 2) la subsistencia debe ser alcanzable de manera relativamente fácil, de tal modo que a una parte considerable de la comunidad pueda permitírsele estar exenta de dedicarse continuamente a una rutina laboral...”<sup>9</sup>. La última frase queda abierta para adjuntar a ella la referencia a un elemento articulador de todo el discurso de Veblen, como es la noción de *proeza*, que nos lleva al mundo de la emulación, dejando atrás el industrioso afán instintivo del trabajo eficaz. La emulación será el elemento vertebrador que subyace a todo el proceso evolutivo recorrido por Veblen en su reflexión, de la mano de otro concepto fundante de lo que será la clase ociosa, tal como es la idea de *dignidad*. La lucha, emulativa, lleva a la descomposición en díadas contrapuestas del *continuum* entre proezas y tareas rutinarias, entre el trabajo del

---

pio Harris, se remite a una revisión más detallada de la denominada “Teoría Hidráulica” de Wittfogel en *Desarrollo de la teoría antropológica* (2003:567-597), que Harris vincula a la “Ecología Cultural” de J. Steward y a su propio “Materialismo Cultural”.

<sup>8</sup> Sobre evolución social se podrían citar muchas referencias, en el marco de los estudios sobre “Procesos de Cambio Social”, etc. Desde la historia de la Literatura una referencia de notable interés nos lleva a la obra de Hesíodo (1964) *Los trabajos y los días*, donde se dedican unas páginas a contar la evolución (conocida por Hesíodo y prevista para el futuro lejano) de la raza humana, llegándose finalmente a la quinta raza, en cuya descripción detallada, a la que remito (pp. 50-51), se encuentran elementos de extraordinario parecido a nuestras sociedades actuales. Con voz previsiblemente ampostada, declama el griego: “Al cielo he de dar las gracias por no pertenecer yo a esa quinta raza, y que bien muriera antes o naciera más tarde. Porque la raza de ahora es la de hierro. Los de este linaje no cesarán de sufrir toda suerte de fatigas y miserias durante el día, ni de ser consumidos durante la noche por las duras angustias que recibirán de los dioses. Aun los mismos bienes irán siempre entremezclados con los males...”. Citar, por último, dos textos de lectura imprescindible: *El proceso de civilización* (2001), y *La sociedad cortesana* (1993), ambas obras de Norbert Elias.

<sup>9</sup> Veblen, 2004:35. Remitir aquí a una lectura paralela del texto ya mencionado de Marvin Harris sobre el surgimiento del Estado, interesante por cuanto prescribe también una “receta” sobre las condiciones, externas e internas al grupo, en que surge tal institución.

hombre y el de la mujer, entre enfrentarse a fuerzas animadas o inertes... entre el ocio y el trabajo, denostado como indigno de un hombre en la plenitud de sus fuerzas, algo humillante, servil<sup>10</sup>.

La emulación dará rienda suelta a todos los impulsos depredadores que se encuentran en la naturaleza humana y que, por mor de la raíz darwiniana de Veblen, encontrarán facilidades en la transmisión (amparándose en leyes genéticas simples, de prevalencia de rasgos en el proceso de selección natural que es la vida social) a las generaciones venideras<sup>11</sup>. Y presentará la emulación un carácter maleable, flexible a las circunstancias del medio en que se desarrolla, capaz de amoldarse mediante un cambio en las condiciones de emulación, como puede leerse al analizar el paso de un estadio a otro<sup>12</sup>. Pero “no todo está perdido”. La efímera duración de las etapas bárbara, depredadora, y quasi-pacífica, en comparación con el tiempo que ha vivido la humanidad en la etapa anterior de salvajismo primitivo, ha hecho que los rasgos “naturales” de los seres humanos, aquellos que les llevan a agruparse en torno a unos principios de “ingenua solidaridad”, pervivan en la naturaleza hereditaria que se transmite, y esperan el “despiste” de los aparatos de control de las circunstancias cambiantes para producir reversiones a estadios anteriores de la cultura humana<sup>13</sup>. Pese a todo, los hombres son *buenos*...

En cualquier caso fue la emulación, que rápidamente dio paso a la propiedad, la que supondrá la aparición de esa nueva clase, la clase ociosa. En primer lugar, y siempre siguiendo el esquema vebleniano, fue la propiedad de mujeres, arrebatadas al enemigo en incursiones bélicas victoriosas, y exhibidas como trofeos para establecer *comparaciones odiosas*, en primera instancia con dicho grupo enemigo, pero pronto para establecerlas en el interior del propio grupo. “El resultado de la emulación bajo las circunstancias de una vida depre-

<sup>10</sup> Desde el campo de la Antropología, señalar un libro que aborda el estudio del papel de la mujer en el trabajo a lo largo de las distintas etapas por las que ha transitado la humanidad. Se trata del texto de Harris y Young *Antropología y feminismo* (1979), en el que se encontrarán artículos muy interesantes al respecto, firmados por autores como Joan Bamberger (“El mito del matriarcado: ¿Por qué gobiernan los hombres en las sociedades primitivas?”) o Sherry B. Ortner (“¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?”). La perspectiva feminista en Antropología nos aportaría interesantes reflexiones sobre el carácter (siempre) contingente de la división “de géneros” a lo largo de la Historia humana. Otro debate que, pese a su fecundidad, habremos de abandonar aquí, si bien no queríamos obviar su existencia, siquiera mediante esta breve nota al pie.

<sup>11</sup> Una idea recurrente a lo largo del texto es que serán aquellos grupos que se encuentran a refugio, más protegidos por estar más alejados, de las condiciones de presión de las circunstancias cambiantes del medio social, quienes encuentren más facilidades para transmitir sus rasgos a su prole. Desde aquí, la clase ociosa, parapetada contra las presiones exteriores del medio, y que presenta una mayor proporción de rasgos depredadores (condición *sine qua non* para entrar en dicha clase: filtro selectivo... si bien también afirmará en capítulos finales la posibilidad de una pervivencia mayor, por estas mismas razones, de rasgos primitivos, esto es, solidarios, amables... instinto de trabajo eficaz, en esta clase ociosa) encontrará más posibilidades de transmitir sus características genéticas. Aquí la reflexión toma un tinte bio-histórico, sin dejar muy claro el “extraño proceso” por el cual los hábitos pasan a formar parte de la herencia biológica de los individuos, tal y como parece postular el autor. Para una revisión detenida de los aspectos “biológicos” de la herencia social (y de los diversos “mitos” vinculados), ver Aranzadi, 2006:355-438.

<sup>12</sup> “Cuando la comunidad pasa de un salvajismo pacífico a una fase depredadora de vida, las condiciones de emulación cambian. Las oportunidades e incentivos de emulación aumentan considerablemente en amplitud y urgencia. Más y más, la actividad de los varones adopta un carácter de proeza; y una comparación odiosa entre un cazador o guerrero y otro, va haciéndose más fácil y habitual (...) El botín, los trofeos de caza o de guerra son apreciados como prueba de fuerza preeminente. La agresión se convierte en la forma acreditada de acción, y el botín sirve de evidencia *prima facie* de una agresión triunfal. Según lo aceptado en esta etapa cultural, la forma acreditada y digna de autoafirmación es el confrontación” (Veblen, 2004:43). Posteriormente, las circunstancias en que se desarrolla la vida social vuelven a cambiar, y las condiciones de emulación cambian con ellas: en el estadio *quasi-pacífico*, desaparecida prácticamente cualquier posibilidad de llevar a cabo actividades de rapiña, proezas militares, el fraude, la marrullería (la “astucia”), en los negocios ocupa el puesto preeminente como expresión del temperamento depredador.

<sup>13</sup> La antropología filosófica de Marx y Engels destacará el lugar del trabajo en el proceso de hominización de la especie, y en sus posteriores procesos de alienación y, en última instancia, de emancipación. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1983), o *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* (1981), ambas obras de F. Engels. Los planteamientos evolutivos marxistas encuentran una expresión sistemática en los diversos escritos de la antropóloga K. Gough. Remitir, asimismo, a los trabajos de la escuela de antropólogos franceses, con nombres como Meillasoux, Godelier, Terray...

dadora ha sido, por un lado, una forma de matrimonio fundada en la coerción, y, por otro lado, la costumbre de la propiedad<sup>14</sup>. Creo que Veblen no lo menciona, al menos no emplea el término exacto (hablará de “riqueza” o de “bienes”), pero en este proceso emulativo juega un papel fundamental la institución del *dinero*<sup>15</sup>, que, en virtud de su naturaleza proteica, lábil, maleable, sirve a la perfección a ese principio (en este caso sí mencionado por Veblen) de la imposibilidad de llegar a un fin en el afán comparativo. Esto enlazaría perfectamente con la crítica que podemos leer implícita en la obra de Veblen contra el “Sueño Americano”, motivo substancial que señala el profesor Mellizo en la presentación de esta obra: “Fue, sin duda alguna, un hombre peligroso que, en sus análisis de la sociedad opulenta, puso en tela de juicio los ideales no siempre suficientemente meditados del *sueño americano* (...) vio con acierto el lado oscuro de la prosperidad y de las nuevas realidades sociales propiciadas por el desarrollo económico”<sup>16</sup>. Merton (1995) tomará después este camino al plantear su célebre estudio sobre la desviación social<sup>17</sup>: “...la medida del éxito monetario es convenientemente indefinida y relativa”, dirá, tomando la cita de H. F. Clark. El valor del dinero como elemento de comparación escapa un tanto a los criterios de comparación estéticos o de gusto, que señala Veblen, pero empata, como elemento integrante que es, con los principios de valor económico, único prisma desde el que, se cansa de repetirlo, pretende analizar el autor los procesos sociales: el ocio ostensible y el derroche ostensible son medidos en términos dinerarios, coste-beneficio. El dinero aparece como input del proceso, y produce un output de reputación, no medible de manera exacta en términos monetarios, pero también<sup>18</sup>.

<sup>14</sup> Veblen, 2004:49. Sobre el origen de la familia, ver, nuevamente, el manual de Aranzadi (2006) para una revisión de las teorías de Maine, Bachofen, Lévi-Strauss, Fox, etc., algunas de las cuales incorporan también el rapto de esposas como hito del proceso de civilización... La cuestión de la propiedad, por su parte, es un lugar común en todos los textos utópicos. Desde Tomás Moro hasta los apocalípticos profetas del siglo XX (“El infierno está al caer”, titulaba Trousson su capítulo al tratar a este grupo de autores, entre los que contamos a Orwell, Bradbury, Zamiatin, Boule...), pasando por los utopistas del Renacimiento, todos han formulado sus ideales de lo que debería ser (o debería dejar de ser) la propiedad. *La isla de los pingüinos* presenta un fragmento precioso en que se narra el descubrimiento de la propiedad por parte de los pingüinos, asociada con el primer asesinato de que se da cuenta en la historia de esta peculiar raza (Ver nota 4). El brigada Welsh, personaje de la novela *La delgada línea roja*, de James Jones (1999), repetía una cancioncilla mientras avanzaba la lucha en Guadalcanal: “Propiedad. Propiedad. –Todo por la propiedad porque era eso; no se trataba más que de eso: la propiedad de un hombre o de otro. De una nación o de otra nación. Todo había sido hecho, y se seguía deshaciendo, por la propiedad. Una nación quería, pensaba que necesitaba, probablemente necesitaba de verdad, más propiedad. Y el único medio de obtenerla era quitársela a otras naciones que ya la habían registrado a su nombre. Lo que sucedía era que ya no quedaba propiedad sin registrar en todo el planeta, y eso era todo. Y eso era lo único que pasaba. Lo encontraba infinitamente divertido. Propiedad –murmuró Welsh en tono muy bajo para que no le oyera nadie-, todo por la propiedad” (Jones, 1999:62). Más tarde hablaremos sobre la guerra.

<sup>15</sup> Referir aquí, para un seguimiento exhaustivo del dinero, en tanto institución, a lo largo de la tradición sociológica, al libro de Celso Sánchez Capdequí *Las máscaras del dinero* (2004).

<sup>16</sup> Veblen, 2004:12. No soy amante de incluir en los comentarios *sobre libros* referencias biográficas *sobre autores*, salvo en cuestiones en que sean interesantes en tanto que nos proporcionen cierta luz sobre algún aspecto particular del texto. Comprender el momento en que se escribe, y así también conocer las circunstancias en que se hace, es crucial para entender lo que se dice (el carácter histórico, construido, de lo social). Comparto la referencia a Veblen como “una personalidad inconformista y rebelde”, que nos ofrece Carlos Mellizo, por cuanto se desprende del texto en cuestión; pero no me parece de recibo hacer mención alguna a la, conocida por lo demás, hipersexualidad del autor norteamericano...

<sup>17</sup> Que puede leerse en su gran obra *Teoría y estructura sociales* (1995), en particular el capítulo 6 (“Estructura social y anomia”, pp. 209-239). Una lectura exhaustiva de esta corriente funcionalista de estudio de la desviación social, junto a un estudio en profundidad de otras corrientes puede encontrarse en *El proceso de desviación* de David Matza (1964).

<sup>18</sup> La referencia al dinero es una constante en el estudio clásico de la desviación social que lleva a cabo Merton. “El dinero ha sido consagrado como un valor en sí mismo”, dirá el propio Merton. Ha abandonado su carácter (pretendidamente original, ¿o no?) de medio, para convertirse en fin. Se retrotrae a la antigüedad griega para recoger la acreditada opinión de Aristóteles: “...la ambición de los hombres es insaciable, y al principio les basta sólo la paga de dos óbolos, pero cuando esto queda ya establecido como norma, de nuevo necesitan más, hasta prolongarlo al infinito”. El dinero como *perpetuum mobile*, tal y como había aparecido en la obra de Simmel. Interesante también, aunque no lo recoja Merton, puede ser la reflexión del gran dramaturgo Sófocles, cuya obra aún se representa. En *Antígona*, Creonte tiene un parlamento al respecto: “...No ha surgido entre los hombres invención más perniciosa que el dinero; éste el que destierra a los hombres de sus hogares; el dinero, aun a corazones honrados los descarría y enseña a meterse en empresas vergonzosas; el dinero ha revelado a los mortales todas las malas artes, les ha enseñado todo género

A partir de lo anterior, Veblen describe minuciosamente el detalle de la evolución humana a lo largo de los distintos estadios que se han ido sucediendo, hasta llegar a la incipiente sociedad industrial desde la que él escribe, sometida a unos cambios sin comparación en la historia anterior, y que, en virtud de esto, habrá de dar lugar a un ajuste en las instituciones, una de las cuales, cuya fuerza ha quedado sólidamente asentada a lo largo del recorrido que realiza, es la institución de la clase ociosa. Siempre desde la perspectiva de la teoría económica, pero sin renunciar a la importancia otorgada a la idea de que lo que sucede en el mundo de lo económico incidirá (por concomitancia) en todas las otras esferas de la vida social, Veblen se lanza a analizar exhaustivamente la línea histórica que ha desarrollado la clase ociosa, en un ejercicio de imaginación y de capacidad observadora y sintética acorde a los fines que persigue. Nuevamente, Veblen es hijo de su tiempo. Un trabajo como este, que cita sin mencionar a quién se cita, y que por momentos parece inventarse los datos que favorecen a sus tesis (“propensión indudable de un temperamento...”) sería impensable, a un cierto nivel, en la actualidad. Desde el uso de bastón, hasta la moda del corsé, pasando por la preferencia de las clases ociosas por el perro con respecto al gato por cuanto aquél es más inútil y dependiente que éste, Veblen dibuja las líneas de vida de una clase que, siguiendo el esquema marxista que parece reproducir a lo largo del texto, se ha erigido como “propietaria” a lo largo del proceso de evolución histórica, la clase dirigente, que guía y que prescribe, la clase ociosa. Describe al detalle esta institución desde su génesis hasta el momento presente en que escribe, a finales del siglo XIX. Lo interesante ahora será traer sus líneas de pensamiento a *nuestro* momento, a fin de analizar lo que sucede en la actualidad, en esta etapa en que sigue siendo vigente el dominio del maquinismo (y cada vez parece ir a más).

### 3. “Los tiempos futuros. La historia interminable”. Veblen a un siglo de la publicación de la *Teoría de la clase ociosa*<sup>19</sup>.

Cogemos el libro de Veblen. La edición de bolsillo de la editorial Alianza. No sé hasta qué punto vale la pena leer la contraportada, pero al menos yo siempre le echo una ojeada antes de aventurarme a leer (no así con los prólogos, que prefiero leerlos después, para acercarnos a una imaginada “paridad” con quien firme la introducción a la obra, una vez leída ésta). “Aunque publicada en 1899, muchos de los análisis y observaciones de esta obra de Veblen –prologada y traducida por Carlos Mellizo- mantienen, teniendo en cuenta y asumiendo las inevitables metamorfosis que ha llevado aparejadas el siglo XX, una desazonadora vigencia”. Esta idea permanece en el prólogo del citado Carlos Mellizo. Ya en el primer párrafo se puede leer una referencia al “enorme valor de actualidad” de la obra de Veblen, “indispensable para conocer un aspecto importante del alma colectiva de las nuevas sociedades opulentas surgidas como consecuencia de la revolución industrial” (p. 7).

Hace un par de años, en alguno de los numerosos carteles que pueblan las paredes de la facultad de CC. Políticas y Sociología de la UCM, se podía leer algo sobre un ejercicio cuando menos curioso. “Marx Update”.

---

de impiedad” (Sófocles, 1999:62). De vuelta en las sociedades modernas, Burke ha definido el dinero como el “sustituto técnico de Dios”, ¿el nuevo opio del pueblo?

<sup>19</sup> “Los tiempos futuros. La historia interminable” es el título del último capítulo del libro de France, sin duda el más interesante para nosotros. Marca un elemento recurrente en la literatura utópica, como es el carácter autodestructivo del ser humano, asociado muchas veces a la noción de circularidad de la Historia. Elementos ambos que se pueden encontrar en las grandes obras de Ray Bradbury (*Fahrenheit 451* y *Crónicas marcianas*, 1953 y 1950, respectivamente), y que, en general, habita innumerables reflexiones (incluso Einstein se manifestaba al respecto al ser preguntado sobre los avances en materia de armamento...). Un último apunte, sobre el momento en que Veblen está escribiendo. *The shape of things to come*, traducida normalmente al castellano como “Así será el futuro”, es la primera obra que H.G. Wells publique en el siglo XX (1902), justo después de *Cuando despierta el durmiente* (1899) y justo antes de *Una utopía moderna* (1905).

Y el subtítulo que rezaba algo así como “lo que Marx puede enseñar a los teóricos sociales del siglo XXI, y lo que estos le pueden enseñar a él”. Algo parecido, brevemente, quiero hacer ahora con esta obra que aquí comentamos. Traer a la actualidad sus ideas. No se trata de pensar qué hubiera dicho Veblen (hay una rama de la Historia, desconozco ahora mismo el nombre, que se dedica a formular recorridos alternativos en el curso de la Historia en función de lo que hubiera pasado en el caso de que Hitler hubiera ganado la guerra, o de que el Imperio Romano no hubiese caído... constituyendo, a mi juicio, un “juego” en el que se aprecia un componente de derroche ostensible de tiempo...<sup>20</sup>), sino de pensar la sociedad actual desde las nociones que nos presta el autor. Indudablemente, la sociedad ha sufrido “inevitables metamorfosis” a lo largo del siglo XX (impensable, por ejemplo, pensar que Veblen no consideró en su día el efecto de la televisión y demás *mass media*), pero es quizás a partir de dichos cambios como mejor nos podemos aproximar al objetivo que ahora nos llama.

Parto de una discusión sobre uno de los principios evolutivos que formula el autor. Me refiero a la “ingenuidad conservadora” de las clases ociosas. Yendo más allá de este libro, hablamos, en definitiva, del papel que juegan las elites en el cambio social. Esta idea impregna todo el texto, pero se encuentra en su formulación más completa en el capítulo 8<sup>21</sup>. Partamos de la reflexión con la que prácticamente cierra la consideración acerca de las causas y motivos que mueven a la clase ociosa a cumplir una función básicamente obstaculizadora del *progreso*. “La institución de una clase ociosa obstaculiza el desarrollo cultural de una manera inmediata: 1) por la inercia propia de esa clase, 2) por su ejemplo prescriptivo de gasto ostensible y conservadurismo, y 3) indirectamente, mediante el sistema de desigual distribución de la riqueza y los medios de subsistencia en que se basa la institución misma”. A lo que, sólo otorgándole una importancia secundaria, Veblen agrega que “debe añadirse que la clase ociosa tiene también un interés material en dejar las cosas tal y como están” (Veblen, 2004:213). Los orígenes de la motivación conservadora de la clase ociosa habrán de buscarse, de una parte, en la tendencia *instintiva* (inherente a todos los seres humanos) de aversión al cambio (dejemos ahora al margen las consideraciones, siempre presentes, sobre una inclinación mayor o menor en función del “temperamento” o del “tipo étnico” predominantes en las diversas comunidades); a lo que habrá que sumarle el bajo grado de exposición que, en virtud de su posición privilegiada en el seno de la sociedad, ocupa esta clase. Resumiendo: no hay cálculo, no es una oposición calculada al cambio social, a la evolución, lo que guía las acciones de la clase ociosa. Todo este constructo teórico se halla sustentado en la base del *hábito*, verdadero “motor” del cambio (valga la aparente contradicción), que sostiene la noción de *institución* en Veblen<sup>22</sup>. De ahí se deriva la propia fuerza del *status quo* constituido, el peso determinante que se da al pasado en la vida presente: “Las instituciones –es decir, los hábitos mentales- bajo cuya guía viven los hombres, son, pues, heredadas de un pasado anterior (...) dichas instituciones han sido elaboradas y transmitidas

<sup>20</sup> Que también ha dado origen a abundantes ejercicios especulativos en obras “de ficción”. Una que apunto aquí, por su inserción en el género utópico-distópico en que nos estamos moviendo en este comentario, es la escrita por P.K. Dick (1962) *El hombre en el castillo*. Para una revisión de las *profecías*, véanse los trabajos de Amando de Miguel (como *Las profecías no se cumplieron*, 2001).

<sup>21</sup> El título de este capítulo es, precisamente, “Exención del trabajo industrial y conservadurismo”. También son interesantes al respecto las reflexiones que encontramos en el capítulo 5 (“El nivel pecuniario de vida”), referidas a los hábitos adquiridos, la herencia, el temperamento, y la resistencia “natural” de cualquier ser humano ante la evolución, que, como leeremos después, dará lugar a que el cambio sólo se produzca cuando unas instituciones (siempre heredadas de momentos anteriores) se muestren absolutamente ineficaces ante la presión de las nuevas circunstancias: “Un reajuste de los hábitos de pensamiento mentales de los hombres para conformarse a las exigencias de una situación alterada sólo se produce, en cualquier caso, tardíamente y a disgusto, y sólo bajo la coerción ejercida por una situación que ha hecho que las opiniones establecidas llegaran a ser insostenibles. El reajuste de las instituciones y las opiniones habituales a un medio alterado se hace como respuesta a una presión exterior; es de la naturaleza de una reacción a un estímulo” (Veblen, 2004:201).

<sup>22</sup> Haciendo una especie de “glosario” con los términos que Veblen emplea, tenemos que “Las instituciones deben cambiar conforme cambian las circunstancias, pues son, por naturaleza, un *método habitual de responder a los estímulos* que esas cambiantes circunstancias presentan (...) Las instituciones son, en lo sustancial, *hábitos de pensamiento comunes* con respecto a relaciones y funciones particulares del individuo y de la comunidad” (Veblen, 2004:199. Subrayado nuestro).



por el pasado. Las instituciones son un producto de procesos pasados, están adaptadas a las circunstancias pasadas y, por tanto, no están de pleno acuerdo con los requisitos del presente...<sup>23</sup>. Una serie de ítems interesantes surgen en la reflexión. De una parte la ya citada importancia crucial que se otorga al pasado como elemento definitorio del presente (define y guía, a través de las instituciones a que ha dado origen, con la pervivencia sólo amenazada por un cambio demasiado intenso de las circunstancias externas<sup>24</sup>); de otra parte, y en total consonancia con lo anterior, la influencia del hábito, de lo adquirido, procedente de etapas pasadas, vinculado de forma inextricable a la herencia, social y genética, de los grupos humanos (para una revisión del concepto de *revival* y de su uso en Antropología, remitir nuevamente a la magna obra de Harris, 1968, y a las conexiones bibliográficas allí apuntadas). Y junto a ello convive una visión hasta cierto punto "micro" de la estructura social<sup>25</sup>, en que el agente principal de cambio acaba siendo el individuo (de un modo indicado, dirigido, o quizás no tanto), que será quien deba llevar a cabo un ejercicio de "ajuste mental" a las nuevas circunstancias creadas (nada se dice, por cierto, de la naturaleza aparentemente autogenerada de esas circunstancias, que también han de reposar por fuerza en cambios *mentales* de los individuos...)<sup>26</sup>.

En este contexto, de equilibrio inestable, por naturaleza, entre las instituciones heredadas del pasado y las circunstancias cambiantes del presente, la situación de la clase ociosa se presenta como un puesto de vigilancia "tierra adentro", alejado de las olas que rompen contra las instituciones vigentes. Así como en las batallas los generales sólo se mueven cuando el enemigo ha desbordado sus líneas, los miembros de la clase ociosa, perezosamente, tratan, de forma directa o indirecta, de mantener "las cosas tal y como están", pero esto, y es la tesis discutible de Veblen, no como un ejercicio de cálculo, sino como la respuesta instintiva de cualquier persona, sólo que, con la fuerza diferencial de que les inviste su posición en la jerarquía social<sup>27</sup>. Podríamos discutir sobre la pretendida naturaleza "instintiva" del rechazo a los cambios, pero hemos de otorgar su valor a la reflexión en clave energética que realiza Veblen, al señalar las dificultades, y el esfuerzo, que supone un cambio de cierta envergadura (y, por mor de la concomitancia social presente en su obra, éste habrá de afectar a la totalidad del esquema de vida de las comunidades), dando una perspectiva concreta de los procesos de cambio social (y de su relación con el refinamiento exigido por los cánones establecidos:

<sup>23</sup> Veblen, 2004:199-200. A partir de aquí podemos lanzar un cabo a las formulaciones sobre cambio estructural endógeno que plantean autores como Dahrendorf o Sewell, entre otros.

<sup>24</sup> Ver al respecto, entre otras reflexiones que podrían extraerse del texto, la cita que aparece en nuestra nota 18.

<sup>25</sup> La tan manida discusión macro-micro de la realidad social no ha lugar aquí. Podemos hablar de *continuum*, o buscar un momento anterior, al estilo del huevo y la gallina, de quién es producto de quién, de quién es el agente último de la vida social. Señalar aquí, por considerarla de interés para aventurar alguna aproximación más o menos operativa, la perspectiva hologramática, por la cual un individuo representa toda la sociedad, es toda la sociedad, que se manifiesta y vive *a través* de él.

<sup>26</sup> "La estructura social cambia, se desarrolla y se adapta a una situación alterada, sólo mediante un cambio en los hábitos de pensamiento de las varias clases de la comunidad, o, en último análisis, mediante un cambio en los hábitos de pensamiento de los individuos que constituyen la comunidad. La evolución de la sociedad es sustancialmente un proceso de adaptación mental por parte de los individuos, bajo la presión de las circunstancias..." (Veblen, 2004:200).

<sup>27</sup> Citemos en defensa de estos argumentos: que hable el autor. "La clase ociosa está, en medida considerable, protegida contra la presión de aquellas exigencias económicas que prevalecen en toda comunidad industrial moderna y altamente organizada. Las exigencias de la lucha por los medios de vida son menos urgentes para esta clase que para cualquier otra; y como consecuencia de esta posición privilegiada deberíamos esperar teóricamente que aquella fuese una de las clases sociales que menos respondiesen a las demandas que la situación exige a favor de un desarrollo ulterior de las instituciones y de reajuste a una situación industrial que ha experimentado alteraciones. La clase ociosa es la clase conservadora". (Veblen, 2004:206). "La oposición de la clase ociosa a los cambios en el esquema cultural es instintiva y no descansa primordialmente en un cálculo interesado de las ventajas materiales; es una revulsión instintiva contra todo intento de apartarse de la aceptada modalidad de hacer o considerar las cosas – revulsión común a todos los hombres...". (p. 207). "El hecho de que los usos, acciones e ideas de la clase ociosa acomodada adquieran el carácter de canon prescriptivo de conducta para el resto de la sociedad, añade peso y alcance a la influencia conservadora de esa clase". (p. 208).

“...en nuestras nociones de respetabilidad va comprendida, como cosa normal, la adhesión a las ideas conservadoras”<sup>28</sup>, así como de las dificultades de que dichos procesos de cambio se desarrollen.

Con este marco interpretativo llegamos al siglo XX. Los medios de control social se multiplican. La clase ociosa, tal y como había presentado Veblen, adquiere nuevas facilidades para comunicarse, entre sí y hacia el exterior, esto es, adquiere un mayor *poder* para vigilar (y castigar...) que no se produzcan reversiones, tan proclives en el carácter natural de los hombres, a los estadios anteriores. Y sin embargo, hoy, su visibilidad social, parece haber disminuido. ¿Una reversión general de las instituciones? Improbable, más después de corroborar el creciente desarrollo industrial producido a lo largo del siglo. ¿Un nuevo estadio de desarrollo cultural? ¿Se cumplió finalmente la “profecía” de Engels<sup>29</sup>? ¿O será que, al final, como los cerdos de la granja de Orwell, nos hemos convertido todos en clase ociosa? Recogemos ahora el planteamiento de Mendrás, en su trabajo comparativo sobre las distintas sociedades de Europa occidental<sup>30</sup>. En él, tratando de explicar los posibles cambios en la estructura social, sustentados en la movilidad social (caracterizada por una situación de *desfases* entre las diversas generaciones, que actuará como motor de cambio), Mendrás llamará la atención sobre la noción de *estilo de vida* (o también “ambiente social” en que se mueven los individuos), actualizando un concepto originario de la sociología weberiana<sup>31</sup>. Pretende cruzar las diferencias de renta que se observan en el seno de una sociedad con las diferencias en el estilo de vida de los distintos estratos de dicha sociedad, buscando con ello la definición de unos tipos sociales distintos a lo que sería simplemente la dicotomía entre burgueses y trabajadores, dando así lugar a una serie de *constelaciones*, de cada una de las cuales se atreve a dar porcentajes para el total de la sociedad europea occidental: constelación popular (obremos), central, pobres, y elites. La elite abarcaría únicamente el 2%, y de ella se nos dice que ha perdido su papel hegemónico a favor de la constelación central, y ahora controlan la sociedad como un *controlador aéreo*: vigilando las tendencias en el gusto para adaptar sus estrategias a esos cambios de gustos (algo parecido harían los políticos): para mantenerse como elite habrán de adaptarse a lo que sucede en la constelación

<sup>28</sup> Sobre el papel de las elites, y los agentes de cambio social en general, la literatura es abundante. Destacar, mínimamente siquiera, los trabajos de Tilly (1995), Skocpol (1984), Taylor (1990) o Arendt (1967). Señalar, principalmente, el interés que despierta el análisis comparativo que sobre las revoluciones francesa, rusa y china lleva a cabo Theda Skocpol, toda vez que muestra las potencialidades del análisis reticular. En las últimas décadas, el enfoque del análisis de redes sociales se presenta como complemento o alternativa de interés en el estudio de estos procesos (ver, a modo de ejemplo, los trabajos sobre las *elites del poder* que desarrolla el profesor Narciso Pizarro). Aquí hablamos de elite económica. Sobre las relaciones que se establecen entre ésta y la elite política e intelectual (la *intelligentsia*), señalar el libro de Noam Chomsky *La responsabilidad de los intelectuales* (1969).

<sup>29</sup> “Sin embargo, el desarrollo de la nación prosigue su curso, lo vean o no los burgueses, y una buena mañana sorprenderá a la clase poseedora con cosas con las que ni siquiera sueñan sus representantes más avisados” (Engels, 1980:387), que conecta con todo lo anteriormente expuesto sobre la “ingenuidad conservadora” de la clase ociosa. La tesis marxista de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia sustenta este argumento, en última instancia. Idea que parece hacer acto de presencia en Veblen: después de todo, la clase ociosa tiene un interés en hacer que las instituciones económicas sean lo más eficientes posibles, y la eficiencia se mide en términos de una adecuación medios-fines, que depende directamente de la consonancia entre las circunstancias (la “presión externa”) y las instituciones. Ante esto, la clase ociosa aparece como timonel del progreso de las comunidades humanas: “Y al guiar el desarrollo institucional a este respecto, las clases pecuniarias sirven, por tanto, a un propósito de la mayor importancia para la comunidad, no sólo en lo que respecta a la conservación del esquema social aceptado, sino también en la configuración del proceso industrial propiamente dicho. El fin inmediato de esta estructura institucional pecuniaria y de su mejora es la mayor facilidad de una explotación pacífica y ordenada; pero sus efectos más remotos superan con mucho este objeto inmediato (...) opera en el sentido de hacer superflua a la clase pecuniaria misma. Tan pronto como las transacciones pecuniarias se reducen a la rutina, puede prescindirse del capitán de industria. No hace falta decir que esta consumación pertenece todavía a un futuro indefinido...” (Veblen, 2004:217).

<sup>30</sup> *Sociología de Europa occidental*. El argumento que aquí seguiremos se encuentra en el capítulo “Ayer, las clases y los estratos” (1999:149-181) Recoge la idea de que la sociedad se halla organizada en *estratos*, propia del funcionalismo de los años 50-60, en lo que es una alternativa al enfoque clásico marxista de las clases sociales, dominante hasta entonces.

<sup>31</sup> Hablaríamos de “comunidad de juicio, grupos con gustos comunes en cuanto al ocio, el consumo, etc. que comparten ideas sobre lo que se quiere hacer en condiciones que permitan elegir”. Llamar aquí a una lectura paralela con otro (sólo uno más) de los grandes libros del prolífico Pierre Bourdieu: *La distinción* (2000).

central y popular, toda vez que ya no pueden crear esos gustos... Sus reflexiones pueden ser, obviamente, discutidas, pero me gusta el término de "controlador aéreo" para designar la posición actual de la elite (la "clase ociosa", "dominante", "burguesa"...). Asimismo, la referencia a la movilidad social como elemento de cambio estructural de las sociedades nos marca la pista por la que podemos seguir esta "misteriosa desaparición" de la clase ociosa en nuestras sociedades occidentales. Veblen se refiere repetidamente al cedazo selectivo, temperamental, por el que habrán de pasar los "candidatos" a formar parte de la clase ociosa. Pero, y en este punto no se puede refugiar en el nivel más bajo (siempre con respecto a nosotros) de su atalaya de observación, no hace referencia al sistema mundial de estados (sancionado en la Paz de Westfalia de 1648, y en permanente desarrollo desde entonces). Engels (en 1844-1845), como Mayhew (en 1851), se pasea por las "viviendas" de la clase obrera en las ciudades industriales inglesas del XIX ("pandemonios"...<sup>32</sup>), y observa en otras zonas de la ciudad, protegidas de miradas y de la mera presencia de los andrajosos obreros, a las clases altas de la misma sociedad, sorprendido por lo que parece una ignorancia de su entorno, paseando con bastón, corsés... y todos esos elementos de derroche ostensible a que se refiere detalladamente Veblen. Apenas un siglo después, esas estampas han desaparecido de nuestro campo de visión. ¿Cierto? Obviamente, no. Matizando: No, pero... "depende a lo que llamemos *campo de visión*". Decíamos antes que durante el siglo XX se lleva a cabo un crecimiento de los mecanismos de control social, que ha de entenderse en el plano de la eficacia y, unida a ella, del refinamiento de dichos medios. El desarrollo de los *mass media* dio la posibilidad de un control a grandes distancias. Y, con el tiempo, a un dominio *en tiempo real* de lo que sucede en cualquier lugar. Hablamos, en última instancia, de *globalización*. Evidentemente, Veblen nada podía saber de esto, y quizás este proceso sea la causa de la disonancia que se establece entre las ideas de Veblen y la realidad social cotidiana en las sociedades modernas. En cualquier caso, elevando su perspectiva de análisis a la sociedad global, sus ideas mantienen plena vigencia<sup>33</sup>. Los trabajos más *rutinarios, serviles y odiosos* se desplazan a los países de la "periferia" (o de la "semi-periferia", siempre siguiendo el esquema de Wallerstein), mientras que en los países más avanzados (¿seguimos hablando de estadios?) las clases trabajadoras empiezan a poder disfrutar del derroche ostensible (el consumo le gana definitivamente la pelea al ocio... absorbiéndolo en el esquema de *Un Mundo Feliz* la creciente necesidad de dinero opera en la dirección de crecientes jornadas de trabajo...), y así una pléyade de electrodomésticos de diversa utilidad invaden los hogares de las clases medias<sup>34</sup>. Rasgos depredadores perviven por doquier (referencias a la "jungla de los negocios", y, bajando más abajo, donde no llega Veblen, en los trabajos más inmediatamente cercanos al proceso industrial surgen competencias –ya existían, de hecho...- por el empleo: ejército industrial de reserva, parados de larga duración, inmigrantes, etc.). Rasgos incentivados (vigilados) desde el poder, pero recubiertos de una apariencia formal de filantropía, la misma que se les enseña a los niños en el colegio, la misma

<sup>32</sup> "En estas viviendas sólo puede sentirse cómoda y a sus anchas una raza deshumanizada, degradada intelectual y moralmente envilecida hasta bestialidad y físicamente enferma" (Engels, 1980:319). La descripción detallada se puede leer en el capítulo titulado "Las grandes ciudades" (pp. 278-330). Sin duda, Wells se fijó en esta misma realidad descrita por Engels para seguir la evolución futura de la (sub)humanidad.

<sup>33</sup> Sobre *globalización* se ha escrito abundante literatura en los últimos años. Remitir aquí a los "clásicos" de la tradición sociológica al respecto: Giddens (*Consecuencias de la modernidad*, 2002) y Bauman (*La globalización: consecuencias humanas*, 2003). La obra de Giddens tiene el gran interés de mostrar, en lo que parece el final del camino, la naturaleza proteica del dinero. La (post)modernidad como escenario en que el dinero finalmente se muestra desnudo, pierde su vinculación física, pasa a habitar un no-lugar. "La orilla de la eternidad", se titula uno de los capítulos de la obra magna del sociólogo español Manuel Castells (*La era de la información. La sociedad red*, 2001:Capítulo 7). Pero el dinero es algo más que mera cifra, tiene *color* como dirá Vivian Zelizer (*The social meaning of Money*, 1997), idea también recogida en un pequeño libro de interesante lectura escrito por el profesor Lisón Arcal (*La globalización que nos quieren vender. Una visión cultural*, 2003). Este libro no aparece en la bibliografía del manual antropológico de referencia de Kottak (*Antropología cultural*, 1994), en la que sí encontraremos numerosas reseñas a trabajos sobre el tema, siendo el propio manual un lugar donde el tema del sistema mundial de estados es tratado con detalle en diversos capítulos.

<sup>34</sup> Dos textos para ilustrar este punto. De un lado *El sistema de los objetos*, de J. Baudrillard (1968); también *La sociedad opulenta*, de J. K. Galbraith (1969) da alguna referencia al respecto de este proceso (ver asimismo, en este último libro, el capítulo XXIII: "El trabajo, el ocio y la Nueva Clase", pp. 308-320).

que habrán de saber superar para “llegar arriba”<sup>35</sup>. Y mientras la clase ociosa originaria, libre de cualquier amenaza revolucionaria, únicamente objeto de la sana envidia que siente David Beckham, sube a un nivel superior, se retira a su “torre de control”, desde donde mantendrá la supervisión (*deus ex machina*) de que el *status quo* se mantenga. El panóptico de Bentham, el Gran Hermano de Orwell, los procesos de disciplinamiento de Foucault<sup>36</sup>. Un nivel de refinamiento superior, en un proceso inacabable (en virtud de la misma naturaleza de los términos de la comparación), tal y como ya reflejaba en su día Veblen: “El método de darse publicidad experimenta un refinamiento cuando se ha desarrollado una clase opulenta suficientemente grande que dispone de ocio para adquirir la habilidad de interpretar las más sutiles señales de gasto. El vestido *llamativo* resulta ofensivo para las personas de buen gusto, ya que pone de manifiesto un deseo indebido de alcanzar e impresionar las sensibilidades no educadas de la gente vulgar. *Para el individuo de alta cuna, es sólo la estima más honorífica que le concede el sentido culto de los miembros de su propia clase, es decir, de la clase alta, lo que tiene verdadera importancia.* Como la clase ociosa opulenta ha llegado a ser tan extendida, y el contacto del individuo de la clase ociosa con los miembros de su propia clase ha llegado a ser tan amplio como para constituir un medio humano suficientemente grande para un propósito honorífico, surge una *tendencia a excluir de ese esquema a los elementos más bajos de la población, incluso como meros espectadores cuyo aplauso o censura haya de buscarse.* El resultado de todo esto es un refinamiento de métodos, un recurso a artificios más sutiles y una *espiritualización del esquema del simbolismo* en el vestido. Y como esta clase ociosa superior marca la pauta en todas las cuestiones de decoro, el resultado para el resto de la sociedad es también una mejora gradual del esquema del vestido. *Conforme la comunidad avanza en riqueza y cultura, la capacidad de pagar se demuestra por medios que exigen una discriminación progresivamente más fina por parte del observador. Esa discriminación más sutil de los medios de darse publicidad constituye un elemento muy considerable de la cultura pecuniaria superior*<sup>37</sup>.

La cuestión que permanece es sobre el carácter “ocioso” de las actuales clases altas. ¿De qué hablamos al referirnos a “clase alta”? ¿Nobles, millonarios, políticos...? En definitiva *poderosos*, pero hay muchos tipos de poder. Jerry Yang, creador, junto con David Flo, del exitoso portal Yahoo!, afirma que en la “nueva economía”, no se puede parar, “si no te mueves, caducas”, era otro eslogan publicitario procedente del mundo de los automóviles<sup>38</sup>. Samuel Box, y el tipo del multimillonario que representa, vivían en una austeridad manifiesta,

<sup>35</sup> Traer aquí un libro apenas conocido, que mantiene una desazonadora vigencia en nuestro país: *Los males de la patria*, del regeneracionista Lucas Mallada (1890), donde muestra con toda su crudeza la esquizofrenia de una sociedad que “dice una cosa y hace otra”, y el estado nervioso a que da lugar en los individuos que la constituyen. Es la tensión que también se encuentra presente, de algún modo, en el ideal del Sueño Americano, habitado por una contradicción fundamental entre las exigencias de éxito y las posibilidades reales de conseguirlo, tensión que recogerá Merton para construir la base de su teoría sobre la desviación social, señalando al famoso mafioso Al Capone como “el triunfo de la inteligencia amoral sobre el fracaso moralmente prescrito” (Merton, 1995:225). Son las “escalas laterales de movilidad social ascendente” de Bell, el delito de cuello blanco de Sutherland, las reflexiones de Sorokin, o del propio Veblen (“teoría de la suerte” de Merton como medio de distraer la tensión medios-fines)...

<sup>36</sup> ¿Recuerdan aquel anuncio del *Volkswagen* Golf, ese en el que una voz en off, hablando en inglés sobre imágenes de apariencia pasada ofrece una disertación sobre las dificultades de la libertad: *Freedom is not easy. It's going to be hard...?* Muy interesante material, a relacionar con la expresión atribuida a Rousseau, el “aguafiestas de la Ilustración”, de que “El hombre nace libre y sin embargo se encuentra encadenado en cualquier lugar”...

<sup>37</sup> Veblen, 2004:195-196. Lamento la gran extensión de la cita, quería exponer la reflexión completa, toda vez que me parece de la máxima actualidad en nuestras sociedades. La referencia al vestido puede ser eliminada, manteniéndose el espíritu que mueve las afirmaciones del autor sobre los distintos elementos sometidos al “sentido estético”, a la sanción del “buen gusto”. (Subrayado nuestro). Leyendo esto recuerdo las larguísimas escenas de bailes de salón en lujosos (y no tanto) palacios rusos, descritas magistralmente en la magna *Guerra y Paz* de Tolstoi (1865-1869).

<sup>38</sup> Sobre Jerry Yang y sus ideas puede leerse algo más en la entrevista que recoge el profesor Lisón Arcal en su ya citado libro (Lisón, 2003:38-39), donde concluye: “Lo importante parece ser no contentarse nunca con nada y, mucho menos, con ser feliz, que es algo que no cotiza en bolsa. Por el contrario, el secreto de la existencia humana reside supuestamente en seguir en la brecha compitiendo de manera muy agresiva, en no darse nunca por satisfecho, se tenga lo que se tenga, porque siempre se puede acumular más capital, sobre todo cuando éste alcanza tal nivel de abstracción que casi queda reducido a flujos de información circulan-

tal y como recoge el extracto con que abríamos este artículo. Abramovich, figura más o menos siniestra del petróleo ruso, compra un equipo de fútbol inglés (el Chelsea F. C.) para gastar su fortuna en este "juego" (en 2004 este equipo gastó, sólo en fichajes, el triple que el conjunto total de equipos de la *Bundesliga* alemana). El ser humano busca la emulación, la proeza, "lo lleva en la sangre", en un *instinto*, una tendencia natural. Al arribar la flota griega a las costas de Troya la profecía seguía vigente: el primer griego que pisará Troya caería muerto, tras un combate breve pero glorioso. Los grandes héroes, Ulises, Aquiles, Ajax, etc. se miraban unos a otros de soslayo. Finalmente fue Protesilao, príncipe del mismo rango que Aquiles, quien se lanzó a la playa... ¡sabiendo que moriría prefirió una gloria efímera! La leyenda apenas le recuerda, la Historia le ha olvidado. La Historia carece de memoria<sup>39</sup>, pero el espíritu depredador siempre encuentra expresión. De los planteamientos marxistas (recogidos en buena medida por Veblen) de confrontación entre clases, a la globalización, a través de la violencia. Lenin lo vio claramente en su análisis de la Primera Guerra Mundial<sup>40</sup>, el novelista estadounidense James Jones también en su reconstrucción de la Segunda. El carácter depredador, los rasgos definidos por Veblen, tienen un papel crucial, fundante, en la Historia de la humanidad. Jones escribe una peculiar "dedicatoria" a su obra: "Este libro va alegremente dedicado a esa actividad, la más grande y más heroica de todas las humanas, que es la GUERRA y el GUERREAR; que nunca dejen de darnos el placer, la excitación y la estimulación de adrenalina que necesitamos, ni deje de proporcionarnos los héroes, los presidentes y los dirigentes, los monumentos y los museos que les erigimos en nombre de la PAZ"<sup>41</sup>. ¿Sólo un afán emulativo? ¿La Sociología ha desterrado finalmente el estudio de los instintos en la explicación de la conducta social? ¿Qué hay de natural y qué de construido en los rasgos con que Veblen caracterizaba el temperamento de la clase ociosa? "Era evidente que la única manera de sobrevivir en este mundo de sedicente cultura humana que habíamos hecho y del que estábamos tan orgullosos era ser más malvado, más

---

do por la red y parece ser infinito [donde se aprecia la lectura de Castells o Giddens] (...) Así pues, el sentido de la vida se equipara al del capital y la existencia se reduce a moverse para acumular. Pararse a ser feliz, detenerse o incluso mantener la misma velocidad de movimiento es estar condenado al fracaso, perder el sentido de la lógica que gobierna este sistema absurdo. El mensaje es tan evidente como descarnado y podría resumirse en ¡cuidado con humanizarse!. Y finaliza una larga reflexión planteándose: "¿Es esta la filosofía que deseamos para regir los destinos de la humanidad?"

<sup>39</sup> *Fahrenheit 451*, gran obra de Ray Bradbury (1996), finaliza con una reflexión al respecto. 'Granger miró la hoguera. -Fénix. - ¿Qué? -Hubo un pajarraco llamado Fénix, mucho antes de Cristo. Cada pocos siglos encendía una hoguera y se quemaba en ella. Debía de ser primo hermano del Hombre. Pero, cada vez que se quemaba, resurgía de las cenizas, conseguía renacer. Y parece que nosotros hacemos lo mismo, una y otra vez, pero tenemos algo que el Fénix no tenía. Sabemos la maldita estupidez que acabamos de cometer. Conocemos todas las tonterías que hemos cometido durante un millar de años, y en tanto que recordemos esto y lo conservemos donde podamos verlo, algún día dejaremos de levantar esas malditas piras funerarias y a arrojarlas sobre ellas. Cada generación, habrá más gente que recuerde. (...) Y, algún día, recordaremos tanto, que construiremos la mayor pala mecánica de la Historia, con la que excavaremos la sepultura mayor de todos los tiempos, donde meteremos la guerra y la enterraremos'.

<sup>40</sup> *El imperialismo, fase superior del capitalismo* ("...esa guerra que se hizo para decidir qué grupo de bandoleros financieros, el inglés o el alemán, había de recibir una mayor parte del botín", dice en el Prólogo). El tema de la guerra aparece como fundamental para entender la configuración de las relaciones entre grupos de individuos. Wallerstein también lo contempla como un punto a tener en consideración. *La violencia de la moneda*, titulan Aglietta y Orléan (1984). Veblen no conoció los resultados de las "grandes guerras del siglo XX". Ya se ha señalado el papel preeminente que el tema de la guerra ocupa en la literatura distópica del siglo XX, desde France ("Puesto que la riqueza y la civilización son origen de tantas guerras como pueden serlo la pobreza y la barbarie; puesto que la locura y la maldad de los hombres no tienen cura, hay que realizar una buena acción: un hombre sensato amontonará dinamita bastante para hacer saltar el planeta. Cuando vuele hecho pedazos a través del espacio infinito, se habrá logrado una mejora imperceptible en el Universo y se habrá dado una satisfacción a la conciencia universal" –France, 1994:119) hasta Bradbury ("Timothy miró el profundo océano del cielo, como si su mirada quisiera llegar a la Tierra en llamas, a las ciudades en ruinas y a los hombres que se mataban unos a otros desde hacía tantos años. Pero no vio nada. La guerra era algo tan lejano como el duelo a muerte de dos moscas bajo la nave de una enorme catedral silenciosa, e igualmente absurda" –Bradbury, 1985:236, último capítulo de *Crónicas marcianas*), mostrando la naturaleza circular de la Historia y la tendencia (auto)destructora del hombre (sus rasgos depredadores...).

<sup>41</sup> Dos lecturas paralelas del máximo interés: por una parte, la novela del declarado pacifista Dalton Trumbo (1939) *Johnny cogió su fúsil*; de otra, la obra de un soldado-filósofo con una peculiar historia personal, J.G. Gray (1959), *Guerreros. Reflexiones del hombre en la batalla*.

mezquino y más cruel que las personas que le rodeaban. Y, por primera vez en su vida, Fife estaba empezando a creer que no tenía la dureza de carácter que exigía eso<sup>42</sup>. En tiempos de “paz” (la *pax* estadounidense), ¿qué *hábitos mentales* se exigen hoy?

## Bibliografía

- Aglietta, M. y Orléan, A. (1990): *La violencia de la moneda*, México: Siglo Veintiuno. Original de 1984.
- Aranzadi, J. (2006): *Introducción y guía al estudio de la antropología del parentesco*, Madrid: UNED.
- Arendt, H. (1967): *Sobre la revolución*. Madrid: Revista de Occidente.
- Bamberger, J. (1979): “El mito del matriarcado: ¿Por qué gobiernan los hombres en las sociedades primitivas?”, en Harris, O. y Young, K.; (comps.): *Antropología y feminismo*. Barcelona: Anagrama, D.L.
- Baudrillard, J. (1999): *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI. Original en francés de 1968.
- Bauman, Z. (2003): *La globalización: consecuencias humanas*. México: FCE.
- Bourdieu, P. (2000): *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bradbury, R. (1996): *Fahrenheit 451*. Barcelona: Plaza y Janés, D.L. Original de 1953.
- Bradbury, R. (1985): *Crónicas marcianas*. Barcelona: Minotauro. Original de 1950.
- Castells, M. (2001): *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen 1, La sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chomsky, N. *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos: los nuevos mandarines*, Barcelona: Ariel. Original de 1969 (*American Power and the New Mandarins*).
- Dick, P.K. (1986): *El hombre en el castillo*. Barcelona: Minotauro. Original de 1962.
- Elias, N. (2001): *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica. Original de 1939.
- Elias, N. (1993): *La sociedad cortesana*. México; España: Fondo de Cultura Económica.
- Engels, F. (1980): *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Júcar. Original de 1844-1845.
- Engels, F. (1981): *Introducción a la dialéctica de la naturaleza: El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Madrid: Ayuso.
- Engels, F. (1983): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Madrid: Sarpe, D.L. Original de 1884.
- France, A. (seudónimo de François-Anatole Thibault) (1994): *La isla de los pingüinos*. Barcelona: Edicomunicación. Original de 1908.
- Galbraith, J. K. (1969): *La sociedad opulenta*. Barcelona: Ariel. Original de 1958.
- Giddens, A. (2002): *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gray, J.G. (2004): *Guerreros. Reflexiones del hombre en la batalla*, Barcelona: Inédita Editores. Original de 1959.

<sup>42</sup> Jones, 1999:151. Aparece, en esta misma obra, una reflexión demasiado extensa para incluirla aquí sobre la naturaleza comercial, en la línea de todo lo anteriormente expuesto, de las guerras modernas, exactamente iguales, pese a las justificaciones que se puedan articular en torno a ellas, que los actos de pillaje de la etapa bárbara descrita por Veblen.

- Harris, M. (1981): *Caníbales y reyes*, Barcelona: Argos Vergara. Original de 1977.
- Harris, M. (2003): *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Madrid: Siglo XXI. Original de 1968.
- Harris, O. y Young, K.; comps. (1979): *Antropología y feminismo*. Barcelona: Anagrama, D.L.
- Hesíodo (1964): *Los trabajos y los días*, Barcelona: Iberia. Original en torno al siglo VII a. de C.
- Huxley, A. (2000): *Un mundo feliz*, Barcelona: Debolsillo. Original de 1932.
- Jones, J. (1999): *La delgada línea roja*. Barcelona (etc.): Ediciones B. Original de 1962.
- Kottak, C. P. (1994): *Antropología Cultural*. Madrid: McGraw-Hill.
- Lenin, V. I. (1974): *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Madrid: Fundamentos, D. L. Original de 1916.
- Lévi-Strauss, C. (1979): "Raza e historia" (pp. 304-339), en Lévi-Strauss, C. *Antropología Estructural*. Madrid: Siglo XXI. Original de 1952.
- Lisón Arcal, J. C. (2003): *La globalización que nos quieren vender. Una visión cultural*. Madrid: Nivola.
- Mallada, L. (1990): *Los males de la patria*. Madrid: Fundación Banco Exterior. Original de 1890.
- Matza, D. (1981): *El proceso de desviación*. Madrid: Taurus, D.L.
- Mayhew, H. (1967): *London labour and the London poor: a cyclopaedia of the conditions and earnings of those that "will" work, those that "cannot" work, and those that "will not" work*, Nueva York: Augustus M. Kelley. 4 volúmenes. Original de 1851.
- McDougall, W. (1919): *An introduction to social psychology*. London: Methuen. Original de 1908.
- Mendrás, H. (1999): *Sociología de Europa Occidental*. Madrid: Alianza Editorial.
- Merton, R. K. (1995): *Teoría y estructuras sociales*. México: Fondo de Cultura Económica. Original de 1957.
- Miguel, A. de (2001): *Las profecías no se cumplieron*. Oviedo: Nobel.
- Ortner, S. B. (1979): "¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?", en Harris, O. y Young, K.; (comps.): *Antropología y feminismo*. Barcelona: Anagrama, D.L.
- Orwell, G. (2001): *1984*, Barcelona: Destino. Original de 1949. "George Orwell" es el seudónimo del escritor inglés Eric Arthur Blair.
- Orwell, G. (1999): *Rebelión en la granja*, Barcelona: Destino. Original de 1945. "George Orwell" es el seudónimo del escritor inglés Eric Arthur Blair.
- Sánchez Capdequi, C. (2004): *Las máscaras del dinero: el simbolismo social de la riqueza*. Rubí (etc.): Anthropos.
- Simmel, G. (2003): *Filosofía del dinero*. Granada: Comares. Original de 1900.
- Skocpol, T. (1984): *Los Estados y las Revoluciones Sociales*. México: FCE.
- Sófocles (1999): *Edipo rey. Antígona*, Madrid: Santillana. Original representado por primera vez en 442 adC.
- Taylor, M. (1990): "Racionalidad y acción colectiva revolucionaria", en *Zona Abierta* 54/55, páginas 69-113.
- Tilly, C. (1995): *Las revoluciones europeas, 1492-1992*. Barcelona: Crítica.
- Tolstoi, L. N. (1998): *Guerra y paz*. Barcelona: Planeta. Original de 1865-1869.
- Trousseau, R. (1995): *Historia de la literatura utópica: viajes a países inexistentes*. Original de 1979.
- Trumbo, D. (1989): *Johnny cogió su fúsil*. Barcelona: Círculo de Lectores, D.L. Original de 1939.
- Veblen, T. (2004): *Teoría de la clase ociosa*. Madrid: Alianza. Original de 1899.

- Wells, H.G. (1990): *El jugador de croquet. Una meditación sobre el miedo*, Madrid: Valdemar. Original de 1936.
- Wells, H.G. (1955): *Hombres como dioses*, Buenos Aires: Guillermo Kraft. Original de 1923.
- Wells, H.G. (2000): *Una utopía moderna*, Océano. Original de 1905.
- Wells, H.G. (1902): *Así será el futuro*. No hay traducción castellana para el original: *The shape of things to come*.
- Wells, H.G. (1899): *Cuando despierta el durmiente*. No hay traducción al castellano de su original: *When sleeper wakes*.
- Wells, H.G. (2002): *La guerra de los mundos*, Madrid: Anaya, D.L. Original de 1898.
- Wells, H.G. (2004): *La máquina del tiempo*, Madrid: El País. Original de 1895.
- Zelizer, V. A. R. (1997): *The social meaning of money*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.